

Comentario a “Filantropía no Asistencialista. El caso del Barón Maurice de Hirsch, por Edgardo Zablotsky

Celebro que Edgardo Zablotsky haya escrito esta ponencia “distinta”. Es “distinta”, en primer lugar, porque rescata algo casi perdido en la economía actual: la argumentación desde el caso histórico. La historia fue y sigue siendo “maestra de vida”. Aún puede enseñarnos mucho. En segundo lugar, es “distinta” porque introduce claramente un planteamiento ético como factor de la decisión económica. También es “distinta” porque describe una propuesta que tiene, aunque no explícita, una gran riqueza antropológica. Comienzo explicitando esto último.

“Tomó pues el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso de las delicias, para que le cultivase y guardase”, leemos en el libro del *Génesis* (2, 15), el primero de la Revelación Judeo-cristiana. El trabajo es, según esta concepción, un fin del hombre. No es sólo un castigo por el pecado. El castigo es el cansancio en ese trabajo. Pero el trabajo mismo es un “para qué” del hombre previo a la caída. El hombre, siempre dentro de esta concepción, es Imagen y semejanza de Dios, y Dios es el Creador que desarrolla su trabajo –la Creación– en seis días. Por eso el *Éxodo* manda al hombre: “Seis días trabajarás y harás todo tu trabajo en ellos” (20). En el tratado ético del Talmud *Pirke Avot*, Rabi Simón el justo dice: “Sobre tres pilares se sostiene el mundo: La *Torah* (Ley, luz, verbo Divino, Pentateuco); la *avoda* (trabajo, servicio divino, servicio) y la práctica del bien entre los hombres”¹.

En consonancia con estas y otras enseñanzas, el Barón Hirsch decía:

“estoy íntimamente convencido de que me debo considerar únicamente como el administrador temporario de la riqueza que he acumulado y que es mi deber contribuir, a mi propio modo, a aliviar el sufrimiento de quienes padecen por el destino que les ha tocado”².

“Su modo” de hacerlo queda expresado en la siguiente afirmación suya:

“Me opongo decididamente contra el viejo sistema de limosnas, el cual solo genera muchos más mendigos; considero que el mayor desafío que enfrenta la filantropía es transformar en seres humanos capaces de ganarse su sustento a individuos que de otra forma serían crónicamente pobres, y de tal manera convertirlos en miembros útiles para la sociedad”³.

Este modo está en íntima relación con la intrínseca vocación del hombre al trabajo de la que hablé arriba. El modo de ayudar al otro que más respeta su dignidad es ayudándole a que él mismo trabaje y se sustente mediante ese trabajo. El asistencialismo es una solución antropológicamente defectuosa, pues no facilita la realización del hombre en su trabajo.

¹ Según la cita del Rabino Ángel Kreiman Brill, en “Trabajo santo y santidad en el trabajo”, en AAVV, *Un mensaje siempre actual*, Universidad Austral, 2002, p. 614.

² “Mi opinión sobre la filantropía”, en *North American Review*, Julio de 1891, citado en la ponencia de Zablotsky, p. 19.

³ *North American Review*, Julio de 1891, citado por E. Zablotsky, p. 4.

Encontramos esta misma actitud en la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia Católica. Pienso que puede ser un aporte de este comentario destinar unos párrafos a ésta, para completar una especie de “visión ecuménica” que integre las enseñanzas de Hirsch, inspiradas en el judaísmo, y las cristianas. Para estas últimas, el hombre que es dueño de sí, es dueño también de su acción y de sus frutos:

“El hombre se realiza a sí mismo por medio de su inteligencia y su libertad, y, obrando así, asume como objeto e instrumento las cosas del mundo, a la vez que se apropia de ellas. En este modo de actuar se encuentra el fundamento del derecho a la iniciativa y la propiedad individual” (Juan Pablo II, Encíclica *Centesimus annus*, n. 43)

Juan Pablo II insiste en superar los planes asistencialistas, con la provisión de trabajo para todos. Esto responde a una exigencia propia de la naturaleza humana, y es condición y causa de la riqueza económica a través del efecto creador del trabajo. Además, sin trabajo y sin capacitación el hombre queda marginado. Hay que sumar a la gente al proceso económico porque el trabajo es una dimensión de realización y dignidad de la persona humana (cfr. Encíclica *Laborem exergens*, n. 9; *Ecclesia in America*, n. 54). Por otra parte, el desarrollo se genera gracias a la creatividad del hombre que trabaja y se capacita:

“Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber. En este tipo de propiedad, mucho más que en los recursos naturales, se funda la riqueza de las naciones industrializadas”(*Centesimus annus*, n. 32).

Señala allí mismo que brindar al hombre las posibilidades de conocimiento revierte sobre el mismo proceso de creación de riqueza. Este proceso, además, señala, no es individual, sino que hoy día se da especialmente en el ámbito de la empresa, trabajando unos hombres con otros. Refiriéndose a los habitantes del Tercer y Cuarto Mundos, Juan Pablo II agrega:

“Es preciso que se ayude a estos hombres necesitados a conseguir los conocimientos, a entrar en el círculo de las interrelaciones, a desarrollar aptitudes para poder valorar mejor sus capacidades y recursos” (*Centesimus annus*, n. 34).

Esto es así, puesto que considera al desarrollo como un objetivo deseable para todos y cada uno, y que tiene causas relacionadas con actitudes ligadas al trabajo. En un discurso pronunciado, en Santiago de Chile, ante la CEPALC el 3 de abril de 1987 dice así:

“Las causas morales de la prosperidad son bien conocidas a lo largo de la historia. Ellas residen en una constelación de virtudes: laboriosidad, competencia, orden, honestidad, iniciativa, frugalidad, ahorro, espíritu de servicio, cumplimiento de la palabra empeñada, audacia; en suma, amor al trabajo bien hecho. Ningún sistema o estructura social puede resolver, como por arte de magia, el problema de la pobreza al margen de estas virtudes; a la larga, tanto el diseño como el funcionamiento de las instituciones reflejan

estos hábitos de los sujetos humanos, que se adquieren esencialmente en el proceso educativo y conforman una auténtica cultura laboral”⁴.

Por el contrario, la ausencia de estas virtudes incide fuertemente en la pobreza. En *Centesimus annus* considera como la

“ineficiencia del sistema económico (...) no ha de considerarse como un problema puramente técnico, sino más bien como consecuencia de la violación de los derechos humanos a la iniciativa, a la propiedad y a la libertad en el sector de la economía” (n. 24). “Durante mucho tiempo”, sigue, “las relaciones económicas más elementales han sido distorsionadas y han sido zaheridas virtudes relacionadas con el sector de la economía, como la veracidad, la fiabilidad, la laboriosidad” (n. 27).

En resumen, la mejor manera de ayudar al hombre es ayudándole a que se ayude a sí mismo y a que de este modo contribuya, participe del desarrollo de la sociedad en que vive. Volvemos ahora al Barón Hirsch.

Se ve que el filántropo alemán tiene un concepto claro del principio ético de subsidiariedad. Este principio señala que una instancia superior sólo debe hacer aquello que no es capaz de hacer la inferior. Es decir, se le debe exigir a todos lo que deben hacer y sólo suplirlos en el caso de que no lleguen. Su propuesta de ayudar ayudando a trabajar está en absoluta consonancia con este principio.

Otra manifestación de su sensibilidad ética es que considera los “costos” de traslado y de arraigo, de inculturación, de los hombres que cambian de lugar de trabajo. Estos “costos” no han sido tenidos en cuenta habitualmente por la economía, que suele suponer una gran movilidad en los factores de producción, entre los que considera a la mano de obra.

Finalmente quisiera sugerir al autor de la ponencia un pequeño detalle formal: cambiar el término “caridad” por “limosna” o “asistencialismo”. Caridad es distinto de limosna. De hecho Hirsch usa el término “limosna”, no caridad, en la cita que consigna Zablotsky. Caridad es más amplio e incluye toda ayuda o servicio al prójimo. La definición de caridad que Zablotsky consigna al comienzo de la ponencia es una de las acepciones específicas del término. Lo sugiero porque sino, se puede dar a entender que hacer caridad es algo reprochable, cuando lo que en realidad se está estigmatizando es la política asistencialista.

Ricardo F. Crespo

⁴<http://humanitas.cl/biblioteca/articulos/d0174/>